

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

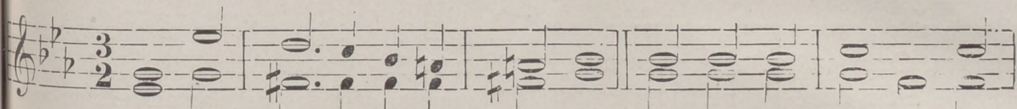
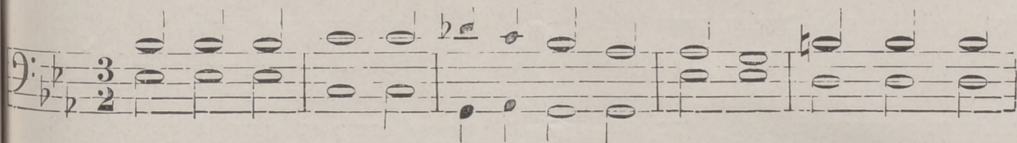
MADRID, 2<sup>o</sup> DE ENERO DE 1934

NÚMERO 3

## UN NOMBRE EXISTE



1. Un nom-bre e - xis - te, que es-cuchar me a - gra - da, Y ha - blar me



pla - ce del va - lor que en - cie - rra; No hay o - tro nom - bre,



que en dul - zu - ra i - gua - le, So - bre la tie - rra.



El testifica del amor sublime  
del que, muriendo, libertad me ha dado;  
Cuando su sangre redención perfecta  
Por el pecado.

Que hay un amante corazón, me dice,  
que sentir puede mi dolor profundo;  
¡Oh! El, quien pueda compartir mis penas,  
No hay en el mundo.

4. El regocija mi doliente pecho,  
El de mi ojos desvanece el llanto,  
Y dice al alma que confíe siempre  
Libre de espanto.

5. ¡Jesús, el nombre que escuchar me agrada!  
¿Cuál de los santos el valor que encierra  
Nombre tan dulce, referir podría  
Sobre la tierra?

# EL CARVET

---

Cuando aun reinaba la esclavitud en América, nos contaba un capitán esta historia, en la que figuraba él como uno de los personajes principales. Germán, así se llamaba nuestro capitán, había deseado siempre pasar una temporada entre los pobres esclavos negros. Tenía un amigo que era plantador, y poseía un numeroso ejército de esclavos encargados de trabajar en su posesión. Sus negritos le llamaban Massa (señor), y le querían mucho, pues había pocos años por allí que fueran tan buenos como este.

Germán aprovechó sus vacaciones para ir a ver a su amigo y, a la vez, pasar algún tiempo entre estas gentes que tanto le interesaban. Cuando llegó a la plantación sólo deseaba estar entre los negritos; se pasaba el día entero preguntándoles y observando sus costumbres. Un día preguntó a un negrillo muy simpático:

—¿Qué planta es esa que tanto cultiváis?

—Eso—respondió el muchacho—es “Juan cúralo-todo”; así la llamamos nosotros, porque con ella curamos casi todas nuestras enfermedades.

El capitán se echó a reír al ver qué medicinas usaban estos negritos.

Un día fueron Germán y su amigo Massa a visitar al mejor de sus esclavos, que se encontraba en el hospital bastante enfermo; decían que le había mordido una serpiente venenosa, cuya picadura es mortal. Encontraron al enfermo ya moribundo, sus ojos transparentaban un gran alma y sus palabras, pidiendo al amo por sus hijitos y por su esposa, llegaban al corazón. Este negro no moría de veneno ni de enfermedad alguna, moría de esclavitud. Dos veces creyó ser rescatado, pero no fué así, y este profundo desengaño le causaba la muerte. En

una cama, junto a la suya, estaban dos negritos bastante guapos, sobre todo el mayor, que debía ser un valiente muchacho. De estos dos negritos cuidaba Zara, la madre del enfermo y madre del negrito pequeño. Decían que el mayor era huérfano y que ellos le habían recogido. Pero los padres querían y cuidaban a los dos de igual forma, así que era difícilísimo saber cuál de los dos era el verdadero hijo.

El papá negro murió, y Zara se escapó allá muy lejos a las montañas; decía que quería ver morir a sus hijitos siendo esclavos como su querido esposo.

Mientras Zara corría con sus niños una noche entre los bosques, algo grave ocurrió entre los negros. A las doce de la noche se reunían de todas las plantaciones en un bosque y trataban de escaparse todos una noche señalada; pero si se les descubría, estaban dispuestos a derramar su sangre antes de que se les cogiese. Todos estos planes se exponía un negro muy fuerte, a quien todos tenían un gran respeto; cualquiera al ver cómo le obedecían hubiera creído que era un ser sobrenatural.

Alguien les acusó, y ya la última noche cuando todo estaba preparado, los soldados americanos les rodearon y prendieron. Al día siguiente pasaban por un pueblecito todos los presos, escoltados por los soldados. Las calles rebosaban de gente, negros blancos, todos deseaban ver pasar la triste comitiva. Entre los espectadores se hallaba Germán, encontrando entre los conducidos algunos de sus conocidos. De pronto apareció un negro fuerte, que vosotros ya conoceréis, era el jefe de los sublevados, marchaba tranquilo, aunque esperaba la muerte.

(Concluirá)

## CORRESPONDENCIA

¡Queridos niños y niñas!

Feliz año nuevo os deseo a todos vosotros; esto es lo primero. Y lo segundo, que os voy a reprender por ser muy perezosos. Si hacéis memoria os acordaréis que en julio del año pasado abrimos un concurso de artículos escritos por vosotros, sobre vuestro pueblo o otras cosas bonitas que conocéis, como monumentos artísticos; y yo prometí un premio al artículo que más votos recibiera al fin del año. Yo pensaba que me mandarían los artículos por docenas, ¿y sabéis cuántos he recibido? ¡Uno solo! Vaya, vaya, esto no puede seguir así.

Yo espero recibir tantos ahora, que no tenga sitio suficiente de publicarlos todos; porque hay muchas cosas en vuestro país muy bonitas, y muchos de vosotros saben contar muy bien, y supongo que todos podéis escribir, pues ¿entonces? Y para que no digáis que yo me he vuelto muy perezosa también en no escribir a vosotros nada, os voy a contar una cosa que me han contado a mí, y que me ha hecho pensar bastante, y yo quisiera que vosotros también penséis un poquito sobre ella.

“Cuando todavía había un zar (emperador) en Rusia era costumbre al subir un nuevo zar al trono, que saliera un indulto para mil prisioneros que hacían trabajos forzados en la Siberia. Como en aquel tiempo no había teléfono ni telégrafo para esta parte del país, algunas veces tardaban hasta seis semanas hasta enterarse de su suerte; ¡estaban ya libres y no lo sabían! Pues en una ocasión así, cuando el inspector había recibido el indulto con los nombres de los librados, ya estaban éstos listos con sus herramientas para salir al trabajo, cada uno con sus cadenas para que no pudieran escaparse. El inspector los llamó, comunicándoles que eran libres, pero ninguno se movió.

Tenía que repetir lo que había dicho, y añadió: “Y allí está el cerrajero para qui-

taros las cadenas.” Por fin comprendieron lo que significaba esto, y, casi soñando, se marcharon a dejarse quitar las cadenas.

Solamente un grupo de hombres se quedó inmóvil.

—¿No me habéis oído?—dijo el inspector—. A vosotros también os toca.

—Sí, lo hemos oído—dijo uno de ellos en nombre de todos—; pero nosotros somos nihilistas; odiamos al zar y a su régimen, y no aceptamos ningún donativo de él; no queremos la libertad como regalo suyo, queremos únicamente la libertad de odiarle hasta la muerte.”

Y aquí se acaba el cuento, muy triste, ¿verdad? Pues yo creo que hay hombres y mujeres, hasta niños y niñas, que se parecen en algo a estos hombres. A todos nos gusta recibir cosas buenas, cuanto más, mejor; pero quisiéramos poseerlas por nuestros propios méritos. El dar gracias y reconocer que tenemos que estar agradecidos nos cuesta algunas veces mucho trabajo. Y más, cuando nuestro Padre celestial nos da sus dones; cuando el Rey del cielo manda su don más grande: su Hijo, para darnos la libertad. ¿Lo aceptamos o no lo queremos recibir? Y nada más por hoy,

VUESTRA TITA.

### Un alcalde sensato

#### Bienaventurados los pacificadores

En la primavera de 1690 los pueblos y aldeas de la Bohemia del Norte padecían hambre. Austria estaba en guerra con los turcos y los franceses y había reclutado toda la gente hábil de su territorio para la lucha. Los campos quedaron en su mayoría sin labrar, hubo además mala cosecha en los que se cultivaron, las contribuciones subían y no había qué comer.

Los aldeanos buscaron remediar esta situación, demandando auxilio en Viena. No se les atendió. Entonces decidieron coger

por fuerza en país extraño, lo que en el propio se les negaba.

Se armaron de picos, hachas, azadones, horquillas, invadiendo el país vecino, que se llamaba Sajonia, y se dirigieron al pueblo de Grünhain.

Los habitantes de éste, se sorprendieron al ver llegar a sus vecinos en aquel plan enemistoso, pues hasta entonces habían vivido como buenos amigos. Vieron, además, que eran muchos los que se aproximaban, y no sabían qué hacer.

Enteróse el alcalde, Federico Germán, y ni corto ni perezoso, se montó en su caballo y fué galopando al encuentro de los saqueadores. Estos se detuvieron sorprendidos, mientras él tomando la palabra, dijo:

—Amigos y hermanos: Nos hemos enterado de que os va muy mal y que pasáis hambre. Si queréis que os socorramos, lo haremos con el alma y la vida, pues somos hijos de un solo Dios, aunque seamos súbditos de dos soberanos. Aquí me tenéis, tomad la brida de mi caballo, mi simpatía y compasión son las únicas armas de que quiero valirme. Decid lo que necesitáis, y tened por seguro que haremos cuanto podamos por remediar vuestro mal.

Estas palabra hicieron que los aldeanos, avergonzados, bajaran sus armas, mientras que uno de ellos repuso en nombre de todos, estrechando la mano del alcalde:

—Vive Dios, señor, que tenéis razón. Si parece que no sabíamos lo que nos hacíamos. Pero estamos desesperados, tenemos hambre y nos vemos en la miseria. La guerra nos arrebató los hijos, y nosotros queríamos coger, aunque fuese por fuerza, alimento para los pequeñuelos que nos quedan y que lloran porque no tienen qué comer. Pero comprendemos que no era justa nuestra manera de proceder. Así que perdonad y ayudadnos si podéis.

Los vecinos de Grünhain, a instancias del

alcalde, pusieron inmediatamente manos a la obra. Uno llegó con un saco de patatas, otro con un costal de trigo, otro con panes ya hechos, otro puso a disposición un carro para llevar las provisiones. Todos trajeron con buen ánimo los productos de su campo o de su huerto. Y quedaron ambos pueblos tan amigos como antes.

#### Dos cuentos:

#### EL FRÍO Y EL HAMBRE

Un hombre que tenía mucho *frío* dijo al sastre:

—Necesito un vestido.

El sastre dijo al tejedor:

—Necesito paño.

El tejedor dijo a la oveja:

—Necesito lana.

La oveja dijo al prado:

—Necesito yerba.

El prado dijo al labrador:

—Necesito riego.

El labrador regó el prado.

El prado dió yerba.

La yerba dió alimento a la oveja.

La oveja dió lana.

La lana dió paño.

El paño dió vestido.

El vestido quitó el frío.

==

Un hombre que tenía mucha hambre, dijo al panadero:

—Necesito pan.

El panadero dijo al molinero:

—Necesito harina.

El molinero dijo al campo:

—Necesito trigo.

El campo dijo al labrador:

—Necesito cultivo.

El labrador sembró el campo.

El campo dió trigo.

El trigo dió harina.

La harina dió pan.

El pan mató el hambre.